

El escritor Hernán Rivera Letelier relata los años en que vivió su propia revolución de las flores:

“Los hippies del Coppelia nunca fueron hippies”

► A los 18 años, con una mochila, una Biblia y sin un peso en los bolsillos, el escritor nortino fue en busca de la aventura. Entre 1970 y 1973 recorrió Chile a dedo y parte de Perú y Argentina. Durmió a la intemperie, en calabozos, hizo el amor al aire libre, fumó marihuana y robó cuando el hambre lo exigía. Esos tres años, dice, fueron vitales. Por ello hoy, convertido en un best seller, con 180 mil copias vendidas en Chile y traducciones al francés e italiano, rescata esa historia en su nueva novela, *Canción para Caminar sobre las Aguas*, que Editorial Planeta lanzará en abril.



FOTO: ANDRÉS

Brando Taberna y Cristo Pérez esperan el tren en la estación de Combarbalá. Corre mediados de 1972. Los dos hippies han pasado el día en el pueblo y ya de noche planean seguir su camino a la aventura como políacos. Pero entonces aparece un grupo de carabineros y, sin mediar explicación, los llevan a la comisaría. “¿Qué buenos hechos?”, protestan los mocholeros. Son encarcelados en una celda recién pintada y la explicación se les brinda al comisario: “Los trajimos para inaugurar el calabozo”. La anécdota es real. Le sucedió a Hernán Rivera Letelier y ahora él la puso en el camino de *Brando Taberna y Cristo Pérez*, los protagonistas de *Canción para Caminar sobre las Aguas*, su nueva novela, que será lanzada en abril por Editorial Planeta.

Antes de transformarse en minero y en escritor, el autor de *La Biblia* Isabel Cantabria Rancagua vivió una etapa hippie. Recorrió Chile y parte de Perú y Argentina a dedo entre 1970 y 1973, y esa es la historia que recupera en su sexto libro. “A los 18 años me dio por ir a vivir la revolución de las flores. En el caso, en la penja, empecé a ver noticias de esta misma revolución, en que jóvenes abandonaban cole-

“Nosotros profesábamos el amor libre y en la novela hay polvos de principio a fin. Cuando abran el libro va a salir olor a marihuana y a sexo libre”.

gios, trabajos, hogares y se iban con guitarras al horizonte a unirse en las playas, en busca de la libertad y en una rebelión contra el sistema. Y me dije no me lo puedo perder”, cuenta.

Renunció a su trabajo, se fabricó una mochila y se entregó a la caravana. A lo que viviera. Se enajenó, hizo amigos, fumó marihuana, durmió en playas y plazas. Pasó hambre y conoció “todos los calabozos de Arica a Puerto Montt”. Y también comenzó a escribir. “Fueron tres años fueron esenciales hoy no sería escritor si no los hubiera vivido”, dice.

Pero su libro, asegura, no es un mero recuerdo autobiográfico. “La novela parte de la experiencia per-

sonal, pero la trasciende y pretende servir una década que para los jóvenes de ese tiempo fue vital. Es una evocación de ese espacio de libertad que se dio en Chile durante el gobierno de Salvador Allende, que fue un paréntesis en el que se prolongaron las ilusiones libertarias de los ‘60. Pese a lo que se hizo en contra, al desahucio del mismo, nunca vi tanta gente bella en Chile. Uno de los personajes de la novela dice que nunca antes los pobres fueron menos pobres que con Allende”.

De todos modos, no se trata de una novela política, según Rivera, sino de una aventura antipolítica. “Es una celebración de la amistad, del amor, de la juventud”.

Sexo y marihuana

Brando Taberna, el poeta, es el alter ego de Rivera. La figura como niño en su novela *Iluminado del Ángel Parado* en una Fata. Ahora tiene 20 años y viajó junto a Cristo Pérez, un hippie medio místico, de 33 años. A ellos se une Gertrudis Montoya, una hippie pública y genéricamente despreciada, que se cree la doble de Marilyn.

Entre los tres se desata la pasión. “Nosotros profesábamos el amor libre y en la novela hay polvos de principio a fin. Cuando abran el libro va a salir olor a marihuana y a sexo libre. Va a ser una novela politronal: se puede leer y después se puede fumar con las hojas”, dice riendo.

Eso fue lo que asegura que hizo con la Biblia que portaba en su mochila. “Fumó mucha marihuana y me hacía los pifos con las hojas del Apocalipsis. Salían unos pifos apocalípticos”, cuenta.

Pero no se atrevió a probar otros estimulantes de moda en la época, como el peyote, los hongos o el LSD. “Fuma yerba no más. Es que soy un tipo que necesita estar loco y nunca perder el control. Con la yerba no pierdes el control, es una sola más suave y llega hasta a ser medicinal”.

No se atreve a confesar si aún fuma, pero se declara partidario de legalizar el consumo. “Legalizar la marihuana sería lo más sano, pero no lo van a hacer, porque hay mucho dinero en juego. En esa época nadie traficaba, se regalaba. Los pifos te los regalaban como se regala un libro o un beso”.

Así como aprendió a hacer pifos con hojas de Biblia, dice que también practicó el sexo portátil. “De eso se trataba, de vivirlo. En esa época los mocholeros estaban recién apareciendo en Chile y en cada pueblo la gente se daba cosas, te invitaban a fiestas, fiestas la

**Los hippies del Coppelia nunca fueron hippies" [artículo]
Andrés Gómez Bravo.**

AUTORÍA

Gómez, Andrés

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los hippies del Coppelia nunca fueron hippies" [artículo] Andrés Gómez Bravo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile